

Casas Viejas

“**TODOS SOMOS SEISDEDOS**”

HABIAMOS ido a Casas Viejas (hoy, Benalup de Sidonia, del municipio de Medina-Sidonia) a estudiar la situación socioeconómica de este y otros pueblos de la provincia de Cádiz (Sanlúcar de Barrameda, Medina, Alcalá de los Gazules, Paterna de Rivera, Arcos de la Frontera), cuando nos encontramos con testimonios de la familia de Seisdedos y de otros personajes que vivieron de cerca la represión del capitán Rojas con motivo del levantamiento anarquista. A los historiadores franceses Gérard Brey y Jacques Maurice se les debe el estudio más profundo que se ha hecho hasta ahora sobre el tema (“Historia y leyenda de Casas Viejas”). A nosotros nos han interesado los personajes que viven, que siguen allí y se enfrentan aún a los mismos problemas. La problemática de Casas Viejas, como la de otros pueblos de los alrededores, queda aplazada a un segundo trabajo.

Al nuevo cementerio de Casas Viejas han sido trasladados recientemente los restos de Seisdedos y de cuantos cayeron en enero de 1933. Todos están en un nicho. En otro se han depositado los restos de otras doce víctimas de la represión del 38.

“**Quedamos muy pocos**”

“Aquello fue una matanza”. Manuel Prieto, setenta y ocho años, yerno de Seisdedos, nos recibe en el porche de su casa modesta, en la calle del Tajo, de Casas Viejas. “Toda la familia nos dedicábamos a hacer carbón y pasábamos temporadas en el campo. Cuando pasó aquella tragedia nosotros estábamos en el campo. Nos enteramos al día siguiente. Casi todos los miembros de la familia murieron. Quedamos muy pocos. Ellos, en lugar de irse al monte, resistieron en la choza. Mi suegro era un hombre, ¿qué puedo decir yo? Todo el mundo conocía que era muy bueno”.

“La choza estaba situada mirando al Norte —explica Manuel, que también era militante de CNT como toda la familia—. Tenía de siete a ocho metros y estaba hecha de piedra y barro con el techado de pasto, con una sola habitación grande, dividida por un tabique para separar el dormitorio. Casi todos vivíamos en chozas. Yo cuando llegué al día siguiente tuve que escaparme a la sierra. No nos queda nada de ellos, ningún re-

Está lloviendo en Casas Viejas. Mercedes Cruz Jiménez, hija de Seisdedos, mata el frío con un brasero de picón y no deja de repetir: “¡Ay qué pena más grande!”. Y en San José del Valle (Jerez de la Frontera), su sobrino nieto, Juan Pérez Silva, hijo de María Silva La Libertaria y Miguel Pérez Corcón, dice: “Yo tengo la última palabra”. Son las primeras declaraciones de dos personajes que son Historia. Hace ya cuarenta y seis años de la represión del capitán Rojas sobre Casas Viejas: los días 11 y 12 de enero de 1933. “Ni heridos ni prisioneros. ¡Tiros a la barriga!”. Veintidós muertos. De la choza de Seisdedos (Francisco Cruz) sólo pudieron escaparse una muchacha, María Silva (fusilada impunemente en 1936) y su primo, Manuel García Franco, de trece años, que vive en Francia.

ANTONIO RAMOS ESPEJO

cuerto, ni fotos, porque todo se quemó en la choza. Después de aquello siguieron las represalias. Unos se fueron a Francia y otros nos quedamos aquí. Las represalias cayeron, sobre todo, con María Silva”.

Mercedes, las penas de la represión y del subdesarrollo

Ha empezado a llover. Manuel nos hace pasar a la cocina de la casa. Mercedes Cruz Jiménez, la hija de Seisdedos, tiene la expresión de la pena gran-

de. Su vida ha ido de sufrimiento en sufrimiento. Hay dos cántaros en esta cocina. Una orza y un brasero. Mercedes dice que nos arrimemos un poco más, que hace mucho frío. Por la puerta, entreabierta, se ve al fondo una choza, de las pocas que quedan en el pueblo. “¡Ay Virgen del Carmen!”, se le va un suspiro.

Mercedes no ha querido ni hacerse el carnet de identidad. Nunca se ha hecho fotos. El cuerpo lo tiene fastidiado, roto de tanto trabajar y de pasar las penas de la represión y el subdesarrollo. Sus hijos trabajan en el latifundio de Las Lomas. “Aquí no habrá ni ‘tele’, ni ra-

dio, mientras yo viva”. Y dice que quiere morirse, que ha sufrido demasiado y que a una desgracia se le suma otra, como la muerte de su hija el año pasado y la enfermedad de su nieto, que se lo han tenido que llevar a Cádiz.

No hace falta hacer preguntas. Mercedes es toda una respuesta. Habla con las manos, con los ojos, con el velo negro que cubre su cabeza. “¡Ay qué pena más grande!”. Lluve en Casas Viejas. Manuel enciende un cigarro. Mercedes le da una paleta al brasero y nos habla del cambio de nombre de Casas Viejas por Benalup desde aquellos días de 1933 y de cuando hacían carbón, de las sopas cocidas de la olla y la poleá con harina. Y el campo, dice, que es muy grande y está en pocas manos; como antes, cuando las criaturas pasaban hambre. Como ahora.

En la fonda de la familia Sánchez-Moya, que quieren a Mercedes como a una madre, comentan que “Mercedes, por la noche, trabajaba en la panadería; por la mañana, lavando trapos. Ya no puede moverse. Tiene los huesos descompuestos de tanto trabajar desde chica”.

De la familia de Curro Cruz quedan dos hijas. Mercedes, que vive en Casas Viejas, y María (madre de María Silva), que vive en Francia. Pedro y Francisco murieron junto a su pa-

Mercedes Cruz,
hija de Curro Cruz, Seisdedos:
“¡Ay qué pena más grande!”.





Guardias civiles y de Asalto exploran las chozas abandonadas (enero de 1933). A la derecha, el capitán Rojas.



Plaza e iglesia de Casas Viejas. A la derecha, familiares de algunos de los muertos en la casa de Seisdedos.



dre. Antonio falleció antes del 33, como su madre, y Sebastiana murió años después. Los nietos de Seisdedos viven en Francia y en distintos pueblos de la provincia de Cádiz.

Miguel Pavón, un superviviente

“Estábamos haciendo carbón cuando llegó una comisión para decirnos que el pueblo se había levantado. Aquella misma noche nos vinimos al pueblo. Empezamos a cargar cartuchos y a preparar escopetas. Yo tenía, por cierto, una escopeta muy buena. Nos dijeron que íbamos a ocupar el cuartel. No era obligado participar; pero si uno tenía una escopeta la debía de dejar. Yo, por no ser cobarde, no dejé mi escopeta, sino que me presenté yo mismo con ella. Un grupo fuimos a asaltar el cuartel de la Guardia Civil por la parte de atrás y otro por la entrada. El alcalde se llamaba Juan Bascuñana y a petición del pueblo fue a pedirle a la Guar-

dia Civil que se entregaran. Y esperamos la contestación. La señal era que si salían con gorro no disparáramos. Salieron con gorro, pero con fusiles y soltaron una descarga al aire. Claro, los de la parte de la entrada oyeron la descarga y, creyendo que alguno de nosotros había caído muerto o herido, ellos respondieron con otra descarga. Ya después siguieron los disparos hasta que llegaron más refuerzos de la Guardia Civil y hacia las dos de la tarde del día 11 el capitán Rojas ese con los noventa guardias de Asalto. El capitán Rojas fue el que hizo la matanza”, cuenta Miguel Pavón Pérez, que vive muy cerca de donde Seisdedos tenía su choza. Pavón es uno de los pocos supervivientes que quedan de los sucesos de Casas Viejas. El veterano militante de CNT, de setenta y ocho años, vive ahora rodeado de canarios, a los que mimaba como enamorado de la Naturaleza, y con la esperanza de conectar con la Confederación.

“Estuvimos toda la noche de conflicto —sigue el relato de Mi-

guel Pavón—. Entonces el pueblo era todo de chozas. Cuando prendieron fuego a la choza de Seisdedos, la madrugada del 11 al 12 de enero, mi padre, al ver que las pavesas ya entraban en nuestra choza, nos decía: ‘Irse, irse, irse’. Porque a la gente la cogían y la echaban al corralillo de la choza de Seisdedos. Allí le aplicaban la Ley de Fugas y caían fusilados para disimular así lo que eran unos criminales. Primero metieron a uno que traían esposado, Quijada, dándole porrazos. Total, que todas aquellas criaturas que sacaron de sus casas y los que estaban dentro de la choza murieron fusilados o quemados. Nosotros, como muchos vecinos del pueblo, nos fuimos al monte. Estuvimos varios días, mis dos hermanos, yo y otros cuatro más. Hasta que cogieron a mi padre preso para forzar a que nos entregáramos. No queríamos presentarnos en Casas Viejas porque estaban dando unas palizas de muerte. Nos presentamos en Medina. Pero, mira por dónde, en Medina estaba el guardia que daba las palizas en

nuestro pueblo. Cuando entramos al cuartel estaban todos los detenidos con los dedos **reventados**, amoratados. Ya nos advirtieron que durante los interrogatorios daban con las cantoneras de los fusiles en los pies. Nos dieron palizas de muerte. El guardia me dijo: ‘¿Dónde estuviste el día de los sucesos?’. ‘¿Yo? En el campo’, le contesté. ‘¿En el campo, canalla? Si yo te vi **tizno** para que no te conocieran’. Y era del carbón, porque ni siquiera me había lavado la cara para ir al cuartel a ocuparlo. ‘Fues hay orden del capitán Rojas de pegarte cuatro tiros si no dices la verdad’, me decía el guardia. Total que nos encerraron allí y de Medina nos llevaron a Cádiz. Me echaron sesenta años de presidio: treinta por lo militar y treinta por lo civil. Pero tuve buena defensa, la de un guardia que dio la casualidad que era medio pariente y la pena se quedó en tres años para los que habíamos atacado el cuartel por la parte de atrás y seis para los que fueron a ocuparlo por la delantera, entre ellos mi hermano”.

Casas Viejas

"No nos llegó la circular desconvocando el levantamiento"

—Miguel, ¿cómo era Seisdedos?

—Seisdedos era una buena persona; era un hombre muy bueno, rebelde. Ellos formaban una familia siempre unida. Los hijos, los nietos, todos, iban juntos a hacer carbón. Seisdedos no pensaba más que en trabajar y en su afición que era la cacería. Pero, antes que nada, el trabajo.

—¿Era dirigente?

—¿Qué va! Se le respetaba mucho. El se dedicaba nada más que a su campo. Era un hombre de lo mejor que había aquí. En el sindicato era de los veteranos de la CNT; de los primeros que se habían apuntado y se le tenía un gran respeto. Sus hijos sí estaban más al día en el sindicato. Y si le hablo de María Silva, era una muchacha extraordinaria. A su padre fue a uno de los que sacaron de su casa para echarlo a la choza. Otra muchacha, ¡qué lástima!, Manolita Lago, amiga de María, murió también en la choza. Después fueron por su padre que estaba enfermo, en la cama, y también lo mataron. Lo mismo que el día once hicieron con otro viejo, Antonio Barberán, que fue el primero que cayó.

—¿Y ustedes creían de verdad que llegaba el momento del comunismo libertario?

—Pues claro que sí. Aquí había una rebeldía muy grandísima. Aquí no nos llegó la circular desconvocando el levantamiento. Los ferroviarios de Barcelona decidieron aplazar el día del levantamiento para fijar

otra fecha. Pero la circular para que nos abstuviéramos el día señalado en todos los pueblos no llegó a Casas Viejas. De ahí salió la culpa de la masacre que después ocurrió y de los horrores que aquí vivimos.

—¿Cómo se vivía aquí antes?

—Miserablemente. Había mucha hambre.

—¿Y la tierra?

—Era de tres o cuatro.

—¿Y ahora?

—Sigue igual. Y más abandonada.

—O sea, que aquellas reformas que ustedes pedían no se han hecho.

—Desde mil novecientos treinta y tres sólo se consiguieron por esta zona tres agrarias. Pero sólo cuajaron dos: la Yeguada (San José Malcocinado) y Las Torrecillas.

—¿Cuánto se ganaba en aquella época?

—Preparando la tierra para sembrar, de sol a sol, se ganaban siete reales, una peseta y setenta y cinco céntimos, y dos pesetas cuando se sembraba.

—¿Usted vivía aquí, en esta casa?

—Sí, pero en choza.

—¿Cómo construyó la casa?

—Ya después de la guerra, en el cuarenta y seis. Mis hijos, en lugar de aprender lo que sabía, trabajan de albañiles y los domingos levantaron esta casa sobre la choza.

—¿Tuvieron ayuda del Gobierno para cambiar la choza en casa?

—¿Qué va, hombre!

Como otros muchos cenetistas y socialistas de Casas Viejas, Miguel Pavón tuvo que huir para escapar de las nuevas razzias del 36. Después más cárcel y más años de hambre durante la posguerra. Tortillas de maíz, algarrobas y a cavar cepas. Y ahora Miguel sigue en sus trece

de cenetista y dice: "Los obreros somos y seguiremos siendo esclavos del capital".

"Coge esa olla grande de porcelana y llénala de gasolina", recuerda el fondero

"¡Qué injuria!", dijo el tabernero. Y siguió llenando los vasos de vino de Chiclana.

La taberna de Manuel Montiano Cózar está situada a la entrada de Casas Viejas, por la carretera de Medina-Sidonia. Montiano es un anciano de setenta y ocho años, vestido de negro, con gafas de miope y cara de buen hombre. Resulta que este tabernero era en 1933 el arrendatario de la fonda donde el capitán Rojas montó el cuartel general de la represión. Manuel el fondero recuerda los hechos que presenció:

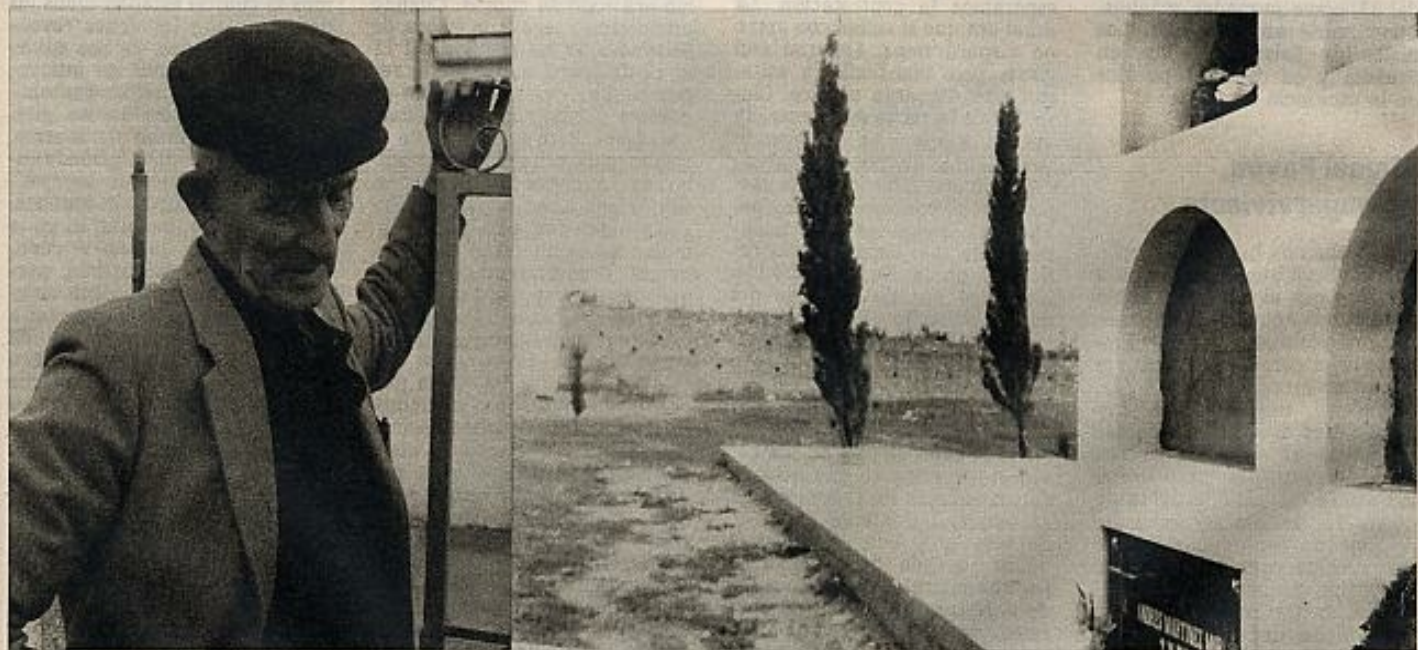
"Por vino y pan me mandó el capitán Rojas. Y no me podía negar. ¿Cómo me iba a negar? Pero le dije que yo no iba solo. Entonces, le indicó a un guardia de Asalto que me acompañara. Yo iba con una espuerta y un lebrillo. Las balas llegaban hasta las puertas de la fábrica donde me tenían que echar el vino. Me escapé por los pelos de aquel tiroteo. Las balas iban dirigidas al guardia, que se escondió y me dejó solo. Después, el capitán Rojas fue informado de lo que pasaba en la choza de Seisdedos y de que le habían causado una baja. Entonces ordenó: 'A eso hay que pegarle fuego'. Como esa frase que no se nos olvida en el pueblo: 'Ni heridos ni prisioneros. ¡Tiros a la barriga!'. Yo estaba allí delante. Un acto criminal, horroroso. El teniente

Artal parecía que no quería tanta sangre. Pero el capitán Rojas, sí. El capitán Rojas le dijo a Pitín, que tenía un coche de aquí de Casas Viejas: 'Coge esa olla grande de porcelana y llénala de gasolina'. Y Pitín la llenó de gasolina. 'Ahora necesito una escoba', dijo el capitán Rojas. El escobón, mojado de gasolina, y bolas de algodón ardiendo cayeron encima de la choza de Seisdedos. Así prendieron fuego hacia las tres o las cuatro de la mañana a la choza de aquel buen hombre. ¡Qué acto más criminal! Y claro, aquello empezó a arder en seguida. La choza de Seisdedos, como todas, estaba hecha de castañuelas de la laguna de La Janda. Hasta que ardió en todos y los que sacaban de sus casas y los fusilaban allí mismo. ¡Qué acto más criminal! María Silva se escapó porque cuando saltó por la ventana corrió por debajo de una burra, que había atada allí cerca.

"El capitán Rojas... ¡Qué horror! Y encima me metió preso, sin haber yo participado en nada. No pasé yo con el capitán Rojas... Con lo buen hombre que era Seisdedos. Parece que lo estoy viendo. Era un viejecico, carbonero, y venía aquí, tiznaico, a la taberna de la fonda, tiznaico, tiznaico, a beberse el café. Qué hombre aquel. Y todo el mundo que iba a su casa comía".

"¡Aquí está el hijo de Pérez Córdón y María Silva!"

Los episodios de Casas Viejas se han hecho leyenda y en cada pueblo se cuentan versiones noveladas sobre la muerte trá-



Manuel Prieto, yerno de Seisdedos —"aquello fue una matanza"—, y los nichos en que descansan Seisdedos y los demás vecinos de Casas Viejas muertos en 1933.

gica de María Silva Cruz, La Libertaria, nieta de Seisdedos, y sobre la suerte de su hijo, Juan, habido de su matrimonio con el dirigente y periodista de la CNT Miguel Pérez Córdón, de Paterna de Rivera. Juan Pérez Silva no es un personaje de leyenda. Lo hemos encontrado en su casa de San José del Valle (una barriada a 33 kilómetros de Jerez de la Frontera). Juan Silva, cuarenta y dos años, es un personaje de la historia, de la historia de Seisdedos, que ha asumido en silencio. "Aquí está el hijo de Pérez Córdón y María Silva", dice, cuando explica convencido la filosofía de justicia e igualdad que predicaba el padre en sus escritos. El niño tenía once meses cuando fusilaron a su madre. Ahora es un hombre de complexión fuerte, serio, agradable en el trato, electricista de profesión, que trabaja de contraamaestre en la Confederación Hidroeléctrica del Guadalquivir, en Jerez de la Frontera. Nuestra entrevista, más que difícil, fue complicada por la emoción del momento. La leyenda se rompe y aquí está el personaje de carne y hueso. No resulta cómodo preguntar qué pasó de tu padre, qué fue de tu madre, del bisabuelo, de tus tíos, tus..., que a todos los mataron. "Esta es la primera vez que hablo con un periodista. Pero yo quiero escribir un libro y contar cuál es la historia verdadera de toda mi familia".

"La muerte de mi madre —dice Juan, que se esfuerza por disimular el pellizco en la garganta— fue la más trágica. No es verdad tanta historietita como se ha escrito. A mi madre la mataron el 23 de agosto de 1936 en la laguna de La Janda y está enterrada en Jerez de la Frontera. Primero habían ido a buscar a mi padre a nuestra casa de Paterna. Pero mi padre se escapó por el tejado. Dijeron entonces que quedaba una buena presa, mi madre. Se la llevaron a Medina. A mí me llevó con ella. Estuvo un tiempo detenida. Volvió a Paterna. La volvieron a detener y le hicieron un consejo de guerra. Fue entonces cuando me entregó a la hermana de mi padre, Francisca, que es la que me ha criado, como si fuera mi madre.

"Mi padre —añade el hijo de Pérez Córdón— llegó a capitán del Ejército republicano. Murió en un atentado que le hicieron el 29 de abril de 1939 en Cartagena. Toda la documentación de mi padre obra en mi poder. Lo último que he sabido acerca de su muerte ha sido por un libro que me han prestado, 'Los últimos de Cartagena'. Yo me crié con mi tía y con mis abuelos en un cortijo de Paterna. Mi abuelo paterno era de Algotocín y mi abuela de Ubrique. Por parte de mi madre, los dos eran de Casas Viejas. Mi abue-



Manuel Montiano Cózar, en cuya fonda se hospedó el capitán Rojas.



Miguel Pavón, uno de los pocos supervivientes de aquella carnicería.

no de Seisdedos, murió en la choza y mi abuela vive en Francia".

"He dedicado toda mi vida a buscar la verdad"

"Yo he sufrido de pequeño un gran complejo de inferioridad. Cuando jugaba con los niños, me miraban como si fuera de una familia de delincuentes. Era como me miraban... Pero yo no he perdido mi tiempo. Y he ido en silencio cogiendo datos, atando puntos. He leído mucho y pensado, hasta tener mis propias conclusiones. Hasta que me he convencido que no es un delito que una persona opine. Mi padre y mi madre amaban la libertad; eran enemigos de la injusticia. Mi padre fue un hombre que jamás pisó un bar. Yo soy un hombre amante de la justicia. Y he dedicado toda mi vida a buscar la verdad. Y creo que la he encontrado sobre este asunto. Lo honro en esta vida es que cada uno exprese libremente sus ideas y que todos se respeten. Yo no siento ningún tipo de revanchismo. No soy hombre de revanchas ni de odios. Soy una persona pacífica, pero quiero que la verdad se sepa y que la historia quede en su sitio.

"Lo que cometieron con mi familia fue una verdadera salvajada. Y a mí lo que más me

interesa es que se sepan las grandes ideas de mi padre. Yo abrí los ojos en Alemania. Estuve nueve meses trabajando hace ya catorce años. Allí se me abrieron los ojos y comencé a pensar con mucha paciencia. Nadie me ha explicado nada. Yo lo he tenido que descubrir. No es un delito pregonar la igualdad entre todos, como hacían ellos. Lo que es un delito es tener aplastados a los demás. Pregonar la igualdad es para vivir todos con trabajo y respeto. Me interesa ahora, cuando tenga tiempo, ordenar todos los documentos y escribir un libro. Me hubiera gustado ser periodista o haber perfeccionado conocimientos de electrónica. Yo no es que tenga queja de mi situación, pero creo que de estudiar, hubiera podido desarrollar mis posibilidades. Las cosas de los pobres...

"Durante muchos años —continúa Juan Pérez Silva— me he dedicado a leer muchos libros de Historia. Tengo obras de Federica Montseny, que me gustaría conocer; de Federico Urales, y obras también de mi padre: 'El sermón de la montaña', 'La vida de José...'. Y leyendo he aprendido a amar la Naturaleza, a ser enemigo de la destrucción y a comprender que el trabajo es el que construye la cultura. Los escritos de mi padre me han enseñado estas cosas".

Y Juan cita una frase de su padre, el periodista Miguel Pérez Córdón: "Dejad las armas y

las que no podáis destruir no las obedezcáis ni las alimentéis". "Esto lo escribe mi padre en 'El sermón de la montaña'. Soy totalmente enemigo de las armas y del alcohol. Yo no piso una taberna y ni siquiera sé jugar a la brisca. Si yo fuera algo en el Gobierno, que no lo seré, ¿sabes qué haría? Poner una librería en cada bar. El alcohol destruye".

Con seis ramas, como un árbol de Guernica

Juan, que es amante de la Naturaleza, de la arqueología, se recrea pasando las horas del libro "Guadalquivir", que le han regalado en la Confederación Hidrográfica. Se queja del poco trabajo que hay en Andalucía y de la marginación económica que sufre. Sobre la mesa camilla, el hijo de Pérez Córdón y María Silva coloca lo que para él son verdaderas joyas de recuerdo: la documentación de su padre. Conserva el carnet de Pérez Córdón como miembro de la Asociación Campesina Cultural de Paterna de Rivera, con fecha de ingreso de 1930, a la que pertenecía como mecánico agrícola. El carnet de redactor de CNT, expedido en Madrid el 25 de diciembre de 1932, cuando contaba veintitrés años. Conserva también los carnets de militante de CNT de los años 1932 y 33 (estos años con el número 720.790) y el de 1936 (número 307.529).

Y ya, por último, con la confianza de un amigo, delante de toda su familia (esposa y tres hijas), dice Juan que todos ellos son Seisdedos. Todos llevan la huella del bisabuelo. Enseña sus manos. "Nos sentimos orgullosos de llevar los seisdedos. Yo me he operado los de las manos. Pero los llevo en los pies. Mis hijas también los tienen operados. Cuando nació mi última niña, vino la enfermera a decirme algo y yo la corté para preguntarle: ¿Tiene los seisdedos? Y me dijo que sí. Y me sentí satisfecho. Lo llevamos con mucho orgullo. Fijate si nosotros llevamos lo de Seisdedos a honra, que durante mucho tiempo he intentado tener un árbol con seis ramas en el patio, con los seisdedos. Hasta que lo he conseguido. Si los vascos tienen con orgullo su árbol de Guernica, mi árbol es de Seisdedos".

Ya era noche cuando salimos de la casa de Juan Pérez Córdón, Juanito como lo llaman cariñosamente en el pueblo. De vuelta, camino de Ubrique, por la Serranía de Ronda, recordaba al hijo de María Silva y Pérez Córdón, al nieto de Seisdedos, como a uno de aquellos santones del anarcosindicalismo andaluz. ■ A. R. E. Fotos: ALFREDO MARTINEZ, A. R. E. y ARCHIVO.